

Mas cuando aquélla ejerce «de veras» su ministerio altísimo, la disciplina debe pasar a segundo plano.

Apostilla leal: desconfíese de mi consejo. Yo lo he practicado siempre y quizás por eso me he frustrado en política.

PULCRITUD.—La política republicana es limpia y atildada. En todos. En los que la sostienen y en los que la combaten. Unicamente exceptúo a los conspiradores. La actuación subterránea nunca es juego noble. La pulcritud a que aludo consiste en que todo el mundo se mueve por estímulos políticos y a la luz del día. España no se encuentra ya pendiente de los misteriosos contubernios de media docena de primates. Asambleas de partido, juntas de grupos parlamentarios, notas oficiosas, mitines, conferencias y publicaciones tienen al pueblo español constantemente enterado de lo que cada núcleo político piensa y quiere. El ciudadano puede elegir rumbo, bien enterado de cuáles son los caminos y adonde lleva cada uno.

EL FIEL DE LA BALANZA.—De las balanzas diré mejor, porque a dos me refiero: a la estrictamente parlamentaria y a la íntegramente nacional. En ambas, el fiel está en su punto.

El presidente de las Cortes ha actuado—no obstante su condición partidista—como el hombre de todos y para todos. Su neutralidad ha sido siempre irreprochable. Dígase, en justicia, que ha continuado la historia, porque los presidentes de las Cortes monárquicas siempre procedieron de la misma manera.

En cambio, ha roto otra tradición: la de que el presidente del Congreso maniobrara contra el Gobierno para sucederle. El señor Besteiro es fiel.

De la otra balanza—la nacional—es garantía el Presidente de la República. De su conducta lealísima da testimonio el aplauso que en toda España determina la sola invocación de su nombre. Otras cosas son discutidas. El presidente, no. Cuiden todos de no mezclarle en sus querellas. Un valor nacional no se improvisa. Los que traen y llevan su nombre son tan poco cuerdos como los que suprimieran la piedra angular a pretexto de mejorar el asiento de los muros.

EL HOMBRE.—El protagonista del drama no ha cambiado. Es idéntico que en la monarquía. Cuando puede abusar, abusa. Cuando puede estafar, estafa. Cuando puede falsear, falsea. En cada pueblo se mantiene enhiesto un cacicato, frecuentemente el mismo de antes con cambio de rótulo. En cada centro oficial se favorece a los amigos, burlando leyes, presupuestos y decretos. Se hacen compatibles en un mismo sujeto cargos, emolumentos y ejercicios profesionales, contra lo dispuesto en la ley o sancionado por la costumbre. El abuso de poder está a la orden del día, como antes, como siempre.

Al revés que en el viejo chascarrillo—«la canóniga buena, la cabilda mala»—, en nuestra República el cabildo es muy superior a los capitulares aislados. El grupo parlamentario conoce el sacrificio y lo practica. Cada diputado del grupo hace en su distrito las cosas más abominables con tal de conservar el acta. El Consejo de Ministros tiene el pensamiento en alto mientras el alcalde rural encarna la arbitrariedad el despotismo y la administración irregular.

No basta cambiar la «Gaceta». Mientras no se adecente cada hombre no estará hecha la revolución.